

La familia, epifanía del amor de Dios

Fiesta de la Sagrada Familia
31 de diciembre de 1978

Eclesiástico 3, 3-7.14-17a
Colosenses 3, 12-21
Lucas 2, 22-40

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

¡Feliz Año Nuevo! Pero esta expresión que hoy va de boca en boca, la Iglesia la quiere decir en toda su profundidad, porque para la Iglesia, litúrgicamente, este domingo es la fiesta de la Sagrada Familia; y viene al pensamiento una idea del Concilio Vaticano II al enfocar el problema de la familia y el bienestar del hombre y de la sociedad, dice así: "El bienestar de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligado a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar". Al augurar, pues, en este cambio del año, feliz Año Nuevo, el deseo profundo es que todos disfrutemos esa raíz de la felicidad: la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar. Todos somos miembros de una familia y el bienestar de la familia da el bienestar a los individuos. Cuando salgamos de nuestra misa, son felices los que pueden decir: "Voy a mi casa". Tener un hogar, tener un nido es una fuente de alegría y de felicidad. Jesús también tuvo familia y quiso comenzar la redención de la humanidad haciéndose miembro de una familia.

GS 47

Destaquemos de este tiempo de Navidad, que va desde el 25 de diciembre hasta el domingo siguiente al 6 de enero, es el

tiempo de Navidad, destaquemos en esto el misterio que la Iglesia quiere destacar en nuestra fe: ¡Dios ha venido! ¡Dios está con nosotros! *Emmanuel* quiere decir “Dios con nosotros”. La Navidad es el misterio de la visita de Dios a la humanidad; no para visitarla y regresarse, sino para quedarse. “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”; se encarnó, se hizo carne, —ya decíamos lo que significa esa palabra en el ambiente bíblico—, se hizo compañero de toda vida humana, se hizo miembro de toda familia, se hizo hijo de cada casa. Él es el que puede entrar con todo derecho y sentirse miembro de la familia, hasta del más humilde ranchito, allí está Cristo; lo mismo que en las casas más elegantes, si se le da cabida y puede entrar porque no se idolatra un falso Dios. Donde se le abra la puerta, Él entra con pleno derecho.

Jn 1, 14

La fiesta de la Sagrada Familia viene a decirnos —recién pasada la Navidad— que, si Dios se hizo hombre para salvar a los hombres, quiere manifestarse a través de la familia, y que no solo José y María son la familia de Jesús, inseparable. Ya desde la Navidad, Jesús no aparecerá sin María y, mientras viva José en la tierra, siempre irá con él San José. En la vida pública parece que ya San José había muerto; pero, sin embargo, Jesús aparece siempre muy unido a su Madre santísima. Tenía un hogar, tenía una familia. Entonces, el tema de la homilía de hoy, fiesta de la Sagrada Familia, podía ser este: *La familia, epifanía del amor de Dios*. *Epifanía* quiere decir “manifestación”, quiere decir como ostensorio, algo donde Dios vive y se muestra. Dios quiere mostrarse a la sociedad, a la historia, al mundo desde una familia; y todas las familias cristianamente constituidas tienen que ser eso: epifanías, manifestaciones de Dios, del amor de Dios. Un hombre y una mujer no se casan solo para ser felices ellos dos; tienen una función social tremenda, tienen que hacer presente en el mundo, en el amor conyugal de ellos y, más tarde, cuando vengan los hijos, en esa familia unida y constituida en el amor, tienen que ser una estampa de Dios, epifanía de Dios.

Miremos, esta mañana, esta epifanía de Dios, que es la familia, desde la perspectiva de Nazaret. Cuando Pablo VI, recién elevado al pontificado, hizo una visita a Tierra Santa, una de sus peregrinaciones más íntimas fue a la casita de Nazaret y desde allá tiene una homilía preciosa, donde siente como la nostalgia del hombre en el hogar: “Quién pudiera volver a ser

niño —decía— y vivir en la compañía de esta familia para aprender allí el sentido del silencio, del deber, del trabajo, de la familia”¹. Hoy podemos realizar nosotros también la peregrinación de Pablo VI y, a través del Evangelio y de la liturgia de la Sagrada Familia, sentirnos verdaderamente miembros de aquella familia, hijos de la mamá de Jesús, que es María y es nuestra Madre; protegidos como con una mano poderosa y tierna, varonil, firme pero delicada de San José; y, sobre todo, hermanos, compañeros, confidentes íntimos del gran hermano de la humanidad, Jesús. Por eso, desarrollo mi pensamiento, como de costumbre, en estas tres ideas: primero, dimensión humana de la familia; segundo, trascendencia religiosa y eclesial de toda familia; y en tercer lugar, Cristo vive y se revela al mundo en la familia.

Dimensión humana de la familia

La dimensión humana nos la da ese final pintoresco del Evangelio de hoy: “Se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y el niño crecía”. ¡Qué vida más sencilla! La vida de dos campesinos que tienen un niño. Él trabaja para sostenerlo, ella hace los quehaceres de la casa. Allá está todavía la fuente, la única fuente que existe a las orillas de Nazaret. Allá iría María con su cántaro a traer agua y amasaría la harina. Y todas aquellas parábolas pintorescas de la mujer en el hogar, las estaba viendo Jesús en aquel hogar sencillo de Nazaret. “Y el niño crecía”.

Hay en la primera lectura de hoy —que es como una recopilación de toda la sabiduría del Viejo Testamento, hecha tal vez por un rabino que posiblemente fue un diplomático que anduvo por las cortes, pero que después, volviendo, recogió la sencillez de la Biblia en el famoso libro del Eclesiástico— una serie de consejos caseros, sencillos, donde habla: “El padre tiene más autoridad que los hijos. La autoridad de la madre está sobre la prole. No abandones al padre mientras vivas, aunque chochees”. Aunque tu padre sea ya un viejito, está chocheando, respétalo. Y habla la primera lectura de hoy, de las grandes satisfacciones humanas del que honra a su padre y a su madre: “El que honra a

Lc 2, 39-40

Si 3, 2.12-13

Si 3, 5

¹ Cf. Homilia de Pablo VI en la cripta de la Anunciación, en Nazaret (5 de enero de 1964).

Si 3, 6 su padre se alegrará de sus hijos”. Naturalmente, el que fue buen hijo será padre feliz también. “El que respeta a su padre tendrá larga vida”. El Viejo Testamento no conocía, como nosotros los cristianos, las recompensas de la vida eterna en Dios, pero hablaba de una felicidad de esta tierra; y en esto consistían muchas veces sus grandes satisfacciones. Pero, como ven, una dimensión humana no necesita mucha mística. Sencillamente, el corazón del hombre, tal como brotó de su naturaleza misma, nos pide ese amor, ese respeto que inunda la vida de familia.

Col 3, 12 Tambiéen, en la segunda lectura, San Pablo viendo la dimensión humana de la familia nos habla: “Que vuestro uniforme sea la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión”. Son tesoros sencillos, quizá como esas monedas que van en nuestras manos, que, de tanto usarlas, pierden la imagen y ya no les damos el valor; pero qué hermosa es la vida sencilla, bajo el aspecto sencillamente humano: la familia. Por eso, GS 52 el Concilio llegó a decir que “la familia es la escuela del más rico humanismo”. Cuando los papás de Juan XXIII cumplían cincuenta años de casados, él era delegado apostólico en el Oriente, y desde allá se conserva una carta escrita con tanta ternura para decirle a sus viejitos campesinos: “Hace mucho tiempo que salí de la casa de ustedes. He estudiado en muchos colegios, he leído muchos libros; pero en ninguna parte he aprendido lo que aprendí en ustedes: la sabiduría del hogar”². “Escuela del más rico humanismo”, y se comprende por qué Juan XXIII era lo que fue de verdad: hombre educado en la escuela de su propio hogar. Dice también el Concilio: “En el hogar coinciden las diversas generaciones”. Miren en el cuadro de hoy: el niño, Jesús; María y José, jóvenes; los ancianitos, Simeón y Ana. ¿No nos da esto la idea de lo que es la familia humana? Niños, nietos, hijos, padres, abuelos: muchas generaciones confluyen. No hay lugar para conflictos de generaciones cuando hay amor.

No quiero evitarles, queridos hermanos, de conocer, en este aspecto humano, lo que los obispos reunidos en Medellín dijeron de la familia; porque es necesario que ese Concilio Vaticano II, que se hizo Latinoamérica en Medellín, lo conozcamos las familias latinoamericanas. Hizo una síntesis bella la reunión de

² Cf. L. Marín de San Martín, *Juan XXIII, Retrato eclesiológico*, Barcelona, 1998, nota 11.

Medellín al decir tres frases de la familia. En América Latina, la familia tiene que ser: “formadora de personas, educadora de la fe, promotora de desarrollo”. Me parece que está bien enfocado ese gran valor que es la familia entre nosotros.

M 3, 4

Formadora de personas. Estamos viendo el aspecto humano de la familia y lo primero que se ve en un hombre es su persona. Antes de ser un cristiano, tenemos que ser muy humanos. Quizá porque muchas veces se quiere construir lo cristiano sobre bases falsas humanas, tenemos los falsos hombres y falsos cristianos. El beato es un falso cristiano, que no es tampoco hombre. Muchos que ahora defienden —dicen— la religión, no son ni hombres siquiera, mucho menos cristianos. Me río yo de esas defensas interesadas del cristianismo: “Auténticos católicos”. ¿Con qué derecho se llaman “auténticos católicos” si no son ni siquiera hombres que sepan adorar al verdadero Dios y están de rodillas, idólatras, ante las cosas de la tierra?

Formadora de personas. La familia humana tiene que formar personas, personalidades; lo cual quiere decir —dice Medellín—: “La presencia e influencia de los modelos distintos y complementarios del padre y de la madre (masculino y femenino), el vínculo del afecto mutuo, el clima de confianza, intimidad, respeto y libertad, el cuadro de vida social con una jerarquía natural pero matizada por aquel clima, todo converge para que la familia se vuelva capaz de plasmar personalidades fuertes y equilibradas para la sociedad”. Queridas familias, recojan el gran mensaje de la Navidad para ustedes. ¡Cómo quisiéramos padres de familia que fueran como José! ¡Cómo quisiéramos madres como María! ¡Y cómo quisiéramos hijos como Jesús! ¡Cómo quisiéramos tener las recias personalidades de José, de María y de Jesús, que no se doblegan ante las adulaciones o las amenazas, que saben decir, como Jesús, que “su pan es hacer la voluntad del Padre”, que son, ante todo, valores humanos.

M 3, 4

Y cuando dice promotora de desarrollo: “La familia es escuela del más rico humanismo. El humanismo completo es el desarrollo integral. La familia, en la que coinciden diversas generaciones y se ayudan mutuamente para adquirir una sabiduría más completa, y para saber armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social, constituye el fundamento de la sociedad. En la familia, los hijos, en un clima de amor, aprenden juntos con mayor facilidad la recta jerarquía

Jn 4, 34

M 3, 7

de las cosas, al mismo tiempo que se imprimen de modo como natural en el alma de los adolescentes formas probadas de cultura a medida que van creciendo. A los padres corresponde el preparar en el seno de la familia a sus hijos para conocer el amor de Dios". Etcétera. Formadora de personas, promotora de desarrollo. Si todo hoy tiene una función social en el mundo, la familia es el gran valor, queridos hermanos, para que tengamos salvadoreños que sean hombres, que sean personas, que sean gente con quien se puede confiar, que sean verdaderos hombres nuevos que promuevan un mundo nuevo, que no se dejen arrastrar de lo putrefacto del sistema, que no se dejen doblegar por la dádiva, que no se dejen vender, que sean verdaderamente superiores a todas las ventajas, pero que sean, sobre todo, el valor de la persona, el hombre. Necesitamos familias como la de Nazaret. Esta es la dimensión humana de la familia.

San Pablo, continuando en su epístola de hoy, los versículos que siguen hablan concretamente de esas relaciones familiares: "Las mujeres estén sujetas a los maridos como conviene en el Señor, y vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres y no os mostréis agrios con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que esto es grato al Señor. Padres, no provoquéis la ira a vuestros hijos, por que no se hagan pusilánimes". Y la familia se extiende más allá. En el tiempo de San Pablo había siervos y señores, que hoy podemos traducir con otros términos que expresan lo mismo: "Siervos, obedeced en todo a vuestros amos según la carne, no sirviendo al ojo como quien busca agradar a los hombres, sino con sencillez de corazón por temor del Señor. Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como obedeciendo al Señor y no a los hombres, teniendo cuenta que del Señor recibiréis por recompensa la herencia". Les dice a los siervos: "Ustedes también son herederos". Les dice a los jornaleros de hoy, a los que trabajan hoy bajo otros amos: "Ustedes también tienen dignidad, sirvan a sus señores, no complaciéndolos a ellos, sino al Señor, de quien van a recibir la herencia que con justicia se les dará, porque ustedes, al igual que sus señores, tienen un mismo Señor". Dice San Pablo, cuando termina: "Servid a Cristo; el que obra injustamente, recibirá el pago de su injusticia, pues en Dios no hay acepción de personas". Ante Dios no valdrá la recomendación de don fulano, sino que valdrá la justicia que hizo fulano de tal con el otro hombre que era hermano suyo. "Amos, proveed

Col 3, 18-21

Col 3, 22-24

Col 3, 24-25

Col 4, 1

a vuestros siervos de lo que es justo y equitativo, mirando a que también vosotros tenéis amo en los cielos”. Qué valentía la de estos principios humanos que fueron como la cuña que rajó esa situación de esclavos y amos, y seguirá siendo también la cuña que despedace todas las injusticias y todos los desórdenes ese gran principio: “Ante Dios no hay acepción de personas”. Amos, también ustedes tienen Señor, al que tienen que dar cuenta. Siervos, obedezcan y no busquen la rebeldía solo por la rebeldía. Tenemos un juez, el cual reivindica la justicia social de los hombres. Esta es la dimensión humana de la familia y de las relaciones familiares y laborales y de todo lo que significa grupos humanos.

Col 3, 25

Trascendencia religiosa y eclesial de la familia

Por eso, nos fijamos ahora en otro aspecto, que en cierto modo interesa más a esta meditación: la dimensión religiosa y eclesial. Dos cosas.

Miremos el cuadro pintoresco de Cristo en los brazos de su mamá, que va también amparada por su esposo, y van al templo a cumplir un rito. Toda mujer que dé a luz, ritualmente, tiene que purificarse, y el rito de la purificación involucra también una redención del primogénito. Para llevarse de nuevo al niño primogénito, hay que entregar una ofrenda que, en nombre de ese niño, sea ofrecida a Dios como holocausto: dos pichones cuando la familia era pobre; dos palomitas: una que servirá para el sacrificio por los pecados y otra que servirá para el sacrificio de la acción de gracias. Esta fue la ofrenda de la familia pobre de Jesús: dos pichones. Y, entonces, el Señor recibe el homenaje de la familia porque la familia tiene un sentido religioso.

Lc 2, 24

Ya en la primera lectura de hoy —se han fijado bien—, cómo esa relación de padres y de madres con sus hijos y de los hijos con sus padres no es simplemente un consejo, siempre agrega una razón: “Para que el Señor te perdone tus pecados”, “para que el Señor oiga tu oración”, “para que el Señor te bendiga”. Quiere decir que en el hogar hay un verdadero culto a Dios, que aquel gesto de María y José con el niño, en una dimensión religiosa, ofreciendo la ofrenda que mandaba Moisés, es lo que sucede en todos los hogares, todos los días y a toda hora. Cuando el hijo obedece, sobre todo cuando es grande, se ve tan hermoso, un hombre ya obedeciendo a otro hombre,

porque es “mi papá”, “mi mamá”. Y cómo suena sagrada esa palabra en los labios del hombre; y cómo suena también, de autoridad casi divina, el mandato de un hombre, tal vez un campesino, a su hijo, que ya, tal vez, es un profesional y que el profesional con toda veneración respeta. Es un culto. Él sabe más que el campesino padre; sin embargo, sabe que la autoridad que él tiene viene de Dios, así como el papá sabe que el hijo también tiene una vida que Dios se la ha dado; y, entonces, hay respeto, hay un sentido religioso, hay un culto.

Y sabe el hombre que es buen miembro de familia el esposo que es fiel a su esposa y no la traiciona; traicionarla es también un acto casi de sacrilegio, porque está tracionando una fidelidad que se la debe no a una mujer, sino a Dios. Es, entonces, cuando la relación familiar recobra ese bello sentido que dice el Concilio también al hablar de la familia: “Fundada por el Creador, la comunidad conyugal, que es comunidad de vida y de amor, nace ante la sociedad de un acto humano, por el cual los esposos se dan y se reciben”. Ese es el matrimonio, darse: “Yo, fulano de tal, me entrego y prometo serte fiel”. “Yo, fulana de tal, te recibo y me entrego”. Entregarse y recibirse es algo tan santo que solo Dios, autor de la vida, puede permitirlo y bendecirlo.

De allí nace la sociedad de los esposos como una institución confirmada por la ley divina; de tal manera que ya se puede decir: “Lo que Dios ha unido, el hombre ya no lo puede separar”. Entonces, esa sociedad, sancionada por Dios, con un profundo sentido religioso, no está para inventar las leyes a su antojo y tener relaciones a su gusto. Y ninguna autoridad puede poner tampoco condiciones ni imponer situaciones de pecado. Y esto quisiera decirlo con toda la elocuencia de que fuera capaz. Se está abusando en nuestra patria de la ley de Dios, cuando se están repartiendo medios que violan las leyes de la fecundidad, cuando se levantan clínicas y, en nombre del Gobierno, se impone la mutilación, la castración. ¿Con qué derecho? ¡Si eso es de Dios nada más! ¡Y con qué derecho tiene un matrimonio el antojo de esterilizarse o de usar medios anticonceptivos si todo eso es de Dios? ¡Si es una sociedad que Dios la ha establecido y la sanciona! Y no son las conveniencias para recibir subsidios de otros Gobiernos, que nos van a imponer mutilaciones que traicionan la ley del Señor. La ley de Dios no se queda burlada y tendremos, a consecuencia de tantos disparates que se están

GS 48

Mt 19, 6

haciendo contra las leyes de la fecundidad, consecuencias muy graves, que ya en otras partes se están sintiendo. Dicen que en Estados Unidos ya no venden pastillas, pero las mandan para América Latina. ¡Aquí que se arruinen las mujeres!

Es la ley de Dios la que regula la sociedad del hombre y de la mujer. Y el instinto que Dios ha dado en el sexo del hombre y en el sexo de la mujer no es para jugar, para complacerse, como si se tratara de una diversión y hacer del propio hogar un burdel; es porque allí viene lo que se llama la paternidad responsable. Quiere decir que el hombre sabe que tiene una capacidad genética, que tiene una capacidad de hacer hijos y que tiene que usarla con responsabilidad; y que la mujer sabe también que puede engendrar, pero que tiene que ser responsable y no atropellando las leyes de la naturaleza, sino conforme a las leyes del Creador.

Y mucho menos... Queridos hermanos, esta semana, cuando celebrábamos en Antiguo Cuscatlán el día de los inocentes, pensaba: ¡Cuántos inocentes también hoy son muertos por las leyes del aborto, que ya viven en las entrañas de su madre! Se ciegan las fuentes de la vida. Y la sociedad conyugal, la familia, hecha para ser espejo de la ley de Dios, para ser reflejo de su ternura y de su fecundidad, para que los niños que allí nacen se sientan de veras acogidos con amor y no como algo que se bota y que estorba. Sea, de veras, el día de la Sagrada Familia, un reclamo con amor de verdad —porque hablamos a una institución del amor—: que sepan hacerse dignos de ese amor que tienen que reflejar en la tierra.

Y digo que la familia, también en las lecturas de hoy, aparece con una dimensión eclesial. ¿Qué quiero decir con esto? Que la familia, según la mira San Pablo en el conjunto de su epístola a los Colosenses, es una célula de la gran sociedad del pueblo de Dios. Con qué preciosa elocuencia, San Pablo dice hoy a los cristianos colosenses: “Pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado”. ¡Esto es el pueblo que nace de la familia! Y si la Iglesia es una familia de Dios, en los grupos familiares es donde la familia tiene su fuente y, por eso, la familia, según la ley cristiana, ya no es simplemente una relación moral, humana, sino que es cristiana, es decir... Y en esta epístola, en este párrafo en que San Pablo habla de la comunidad Iglesia y de la comunidad familia, se repite muchas veces “en el Señor”. Es una frase muy típica de San Pablo: “Amaos en el Señor”. “Sed fieles mutuamen-

Col 3, 12

Col 3, 18.20

te, en el Señor”. “Hijos, respetad en el Señor”. Quiere decir que la relación de familia hay que mirarla a la luz de la Iglesia. Con otras palabras, es lo que el Concilio también llama: “la Iglesia doméstica”, donde el padre y la madre son los primeros sacerdotes que predicen la palabra de Dios a sus hijos, y de sus hijos reciben el testimonio de inocencia y de santidad. Cuando una familia se mira así, como una Iglesia doméstica —*ecclesiola*, dice la palabra latina, *ecclesia* chiquita, “iglesia chiquita”—, como una Iglesia del hogar, donde el romano pontífice, cardenales, Papa, todo eso no existe, más que papá, mamá, hijos; pero allí está el embrión de la gran Iglesia universal, porque, en Cristo, son todos bautizados y pertenecen al pueblo de Dios. Desde esta perspectiva del espíritu de Cristo, que se le ha dado al papá, a la mamá, a los hijos, ya no son dueños de sí mismos; pertenecen, como célula, a una gran familia que es la Iglesia y en Cristo Jesús tienen que ser sus leyes.

M 3, 4 M 3, 6

Es aquí donde la frase del Concilio encuentra toda su realización: educadores en la fe. No se olviden de esas tres frases de la familia que dice Medellín: “Formadora de personas, promotora de desarrollo, educadora de la fe”. Esto es la dimensión eclesial: “Los esposos cristianos son para sí mismos, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe. Son para sus hijos los primeros predicadores de la fe y los primeros educadores, y debe inculcar la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas a los hijos amorosamente recibidos de Dios y realizar esta misión mediante la palabra y el ejemplo, de tal manera que, gracias a los padres que precederán con el ejemplo y la oración en familia, los hijos y aun los demás que viven en el círculo familiar encontrarán más fácilmente el camino del sentido humano, de la salvación y de la santidad”.

M 3, 6

Y refiriéndose a dificultades propias de América Latina, porque para eso fue Medellín, dice: “Sabemos que muchas familias en América Latina han sido incapaces de ser educadoras en la fe, o por no estar bien constituidas o por estar desintegradas; otras porque han dado esta educación en términos de mero tradicionalismo, a veces con aspectos míticos y supersticiosos. De ahí la necesidad de dotar a la familia actual de elementos que le restituyan su capacidad evangelizadora, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia”. Yo creo que aquí se ven reflejadas muchas situaciones familiares. Yo lo digo con dolor, queridos hermanos,

y no por ofender a nadie, sino porque, si miramos de verdad el mal que nos rodea, tengamos la valentía de hacer lo que me decía una huérfana abandonada de sus padres, pero que le ha llegado la hora de casarse: “Yo me cuido —me decía— porque quiero dar a mis hijos lo que mis padres no me pudieron dar”. ¡Así retoñaría una humanidad nueva! No lo digo por ofender a nadie, pero, si de verdad somos un conjunto de familias desintegradas, procuren, sobre todo los jóvenes, ir creando familias que sepan dar a sus hijos lo que tal vez ellos no pudieron recibir de la desintegración de sus padres y de sus madres. No lo digo por ofender, de verdad; lo digo porque yo quisiera para nuestra patria unas células familiares, eclesiales, más sanas. Lo digo porque, desde la Iglesia, yo veo también las grandes deficiencias de nuestro cristianismo que nos ha definido hoy Medellín: supersticiones, tradicionalismos, escándalos de la verdad que la Iglesia predica. Y cuando se tiene dinero, hasta publican esos escándalos como si se tratara de defender verdaderos valores. No se dan cuenta que están defendiendo lo indefendible: la mentira, la falsedad, un tradicionalismo sin vida y, mucho peor, unos intereses económicos a los cuales, lamentablemente, la Iglesia sirvió, pero que fue pecado de la Iglesia, engañando y no diciendo la verdad cuando había que decirla.

Hoy queremos decirles también a ustedes, queridos hermanos, engañados tal vez, que la verdad está aquí, en una fe, en un cristianismo que adore a Dios y que dé a las cosas de la tierra sus valores relativos, no absolutos. Y que hay que educar a los hijos que nacen, no en esas tradiciones envenenadas, sino en la verdad pura que brota del Evangelio y la que yo quisiera dar de verdad. No me desfiguren mi palabra. No me desfiguren mi buena intención de darles una vitalidad de cristianismo, tal como creo que la Iglesia lo está señalando desde el Concilio Vaticano II, desde las reflexiones de Medellín, que ya acusaban un sentido familiar equivocado, pero que era necesario volverlo a enderezar. ¡Trabajemos todos, hermanos!

Tengo una carta a mi lado —no tendrá tiempo de leerla— de un colombiano que emigra a su tierra y dice: “Lo saludo. Dejo esta carta con un amigo, yo me voy. Lo saluda un excatólico que no cree ya en la Iglesia, pero que siento irme ahora cuando vale la pena ser católico. Rece por mí para que esa fe, que usted predica y que ese pueblo está creyendo, me lleve a llenar

lo que no me llenó la fe que me dieron antes". Queridos hermanos, por eso es que hay familias donde no se forma la fe, porque se están dando unas tradiciones envenenadas de intereses económicos, políticos, revueltos con cosas de fe. Se quiere una religión que ampare únicamente esos intereses; y cuando la Iglesia reclama los egoísmos y los pecados y los abusos de esas categorías, ya la Iglesia se aparta y se van, con todo y sus hijos, a seguir viviendo unas tradiciones que no son las verdaderas cristianas.

Formadoras de la fe tienen que ser las familias, pero de familias que de veras hagan eco a esta juventud que siente otras inquietudes. Tuve una reunión con unos jóvenes, hace poco, y me decían: "Usted no comprende lo difícil que es nuestra situación. Nuestros padres nos dicen que no nos reunamos porque eso es muy peligroso; que para qué nos metemos en líos". "Yo no les digo que se metan en líos —les dije—, sino que estudien la fe que Dios les pide a ustedes y sean nobles, sinceros como jóvenes; y si de verdad encuentran la verdadera religión cristiana, tengan el valor de decir: 'La sigo a pesar de todo'; o mejor decir: 'No la puedo seguir, pero no la puedo engañar siguiéndola a medias'". Esta es la dimensión eclesial de la familia.

Cristo vive y se revela al mundo en la familia

Esta Iglesia tiene esa dimensión religiosa y esa dimensión eclesial porque en su seno está aquel que es todo: Cristo nuestro Señor, que vive y se revela en la familia. ¡Cómo quisiera ya que hoy sintieran todas las familias que Cristo vive en el seno de ustedes, que Cristo está en la infancia de ese niño, en la inquietud de esa juventud, en la preocupación santa de ese padre y de esa madre, en la venerable ancianidad de esa abuelita, de ese abuelo! Allí está Cristo, si de verdad se le encuentra como aparece en el Evangelio de hoy. Es el mismo Cristo de la redención, que quiso aparecer en una familia. Es el mismo Cristo que necesita nuestro mundo, nuestra historia, pero que quiere encarnarse en familias concretas. Es el Cristo que se reveló a Simeón y a Ana.

Simeón esperaba el consuelo de Israel y sabía que no se iba a morir sin ver a Cristo. Y cuando lo vio, lo reciben sus manos y pronuncia esa bella profecía, como el vigía —recuerden que,

cuando comenzó el Adviento, les dije que había que tener una actitud de vigilante—; aquí parece como que el vigilante, cansado ya de la noche, se va a retirar y le dice: “Señor, ya puedes enviar en paz a tu siervo, mis ojos han visto la salvación de Israel; este niño es luz de las naciones, salvación de todos los pueblos”. Y, dirigiéndose a José y a María, les dice: “Este es señal de contradicción. Los buenos o los malos que se arrepientan encontrrán, en Él, el perdón, la misericordia; lo recibirán; pero será también perdición de muchos, porque la pecaminosidad, el egoísmo, el orgullo de muchos lo rechazarán”. ¡Cristo es piedra de escándalo! Por eso, a mí me hacen un inmenso honor cuando me rechazan, porque me parezco un poquito a Jesucristo que también fue piedra de escándalo. Ya Simeón profetizó que la Iglesia, seguidora de Cristo, tendría que ser como Él. Para unos será salvación. ¡Qué hermoso oír esa carta que dice: “Yo no creía ya en la Iglesia, pero ahora comienzo a creer!”!. Yo siento, hermanos, la alegría de muchas conversiones, así como siento también, el dolor de muchas obstinaciones, de muchos que rechazan a Cristo, pero de veras, como aquellos hipócritas fariseos que no era por falta de claridad —que Cristo que les hablaba bien—, sino porque la mala voluntad del corazón les entenebrecía la vista y no podían ver nada bueno en el Señor. Esta es la señal de Cristo.

Y le dice a María, el santo anciano: “Por este niño, te va a atravesar a ti una espada el corazón”. Madres de familia —sobre todo, ustedes, madres jóvenes—: ¿Qué dirían ustedes si, al llevar al bautismo a su niño, un profeta les dijera: “Este niño va a tener un fin trágico”? No vivirían tranquilas: “¿Cuándo será esa hora terrible?”. María vivió como esa madre, esperando la hora en que se iba a cumplir la espada que le atravesara el corazón. Algunos dicen que esa espada podía ser ese sentimiento de humildad de una persona que, por humilde, se siente tan chiquita ante la grandeza de una vocación, que le parece como que Dios se ha equivocado. “¿Por qué me escogiste a mí, Señor?”. ¡Y María se sentía tan chiquita ante la grandeza de la colaboración de la redención, ante el misterio de la salvación de los hombres! Y lo comprendió como espada cuando, al pie de la cruz, sintió de veras que no una, sino la tradición dice siete espadas se le clavaron en el corazón ante el dolor de su Hijo.

Y Ana, la ancianita centenaria —para que miren que todas las edades son buenas para anunciar a Cristo—, anunciaba a todos los

Lc 2, 29-32

Lc 2, 34

Lc 2, 35

Lc 2, 36-38

que aguardaban la liberación de Israel. Me imagino saliendo de la catedral, aquella viejita que ha visto entrar a Cristo en los brazos de la Virgen, diciéndole a todo el mundo: “¡Ya vino el Redentor!” y llenando de alegría a todos los que la escuchaban. ¡Ojalá todos fuéramos profetas, en este sentido de anunciar al Señor!

Vida de la Iglesia

Cristo signo de contradicción. La historia se repite. Y si tenemos aquí, en la homilía de catedral, los domingos, que enfocar con esta luz del Evangelio, de la Biblia, de la liturgia, que es mi preocupación, no olviden. Mi primera preocupación es ser catequista, enseñar la religión. Y tengo la satisfacción de que lo estoy haciendo. Luego viene la iluminación, con esa doctrina, de la realidad. Esto no es lo más importante, pero es el marco real en que se vive esta doctrina. Por eso, para que comprendamos que es una doctrina que tiene actualidad y que también hoy, en El Salvador de 1978, se cumple la profecía de Cristo, signo de contradicción, y que el pueblo de Dios sigue siendo llamado para ser familia santa de Cristo mientras otros no lo quieren atender este llamamiento, es por eso que ahora me refiero a las realidades concretas, a nuestra semana histórica.

En *Orientación*³ de este día, pueden leer un resumen del mensaje del Papa para mañana, día de la paz. La Comisión de Justicia y Paz en El Salvador, así como el año pasado, está preparando una celebración que no podrá ser mañana, pero que en los próximos días de enero se va a anunciar, para que el mensaje, que es muy hermoso... Ahí leanlo, en *Orientación*. También el artículo⁴, que semanalmente escribo, se refiere a ese mensaje del Santo Padre, donde nos pone unas normas sencillas para el lema que dejó Pablo VI, de feliz memoria, como lema para celebrar la paz del próximo año; dice: “Para lograr la paz hay que educarse para la paz”. Y el Papa señala unas normas pedagógicas de educación en la paz. Es bueno que leamos y que tratemos de poner en práctica algunos ejercicios de paz durante este año; porque si nosotros no somos responsables de la paz del mundo entero, sí somos responsables de la paz en el hogar,

³ Cf. *Orientación*, 31 de diciembre de 1978.

⁴ Cf. *Ibid.*

de la paz a nuestro alrededor y podemos ser, como decía San Francisco de Asís, “instrumentos de paz”.

Quiero expresar mi solidaridad con el señor obispo de Santiago de María, monseñor Rivera, el cual, en su diócesis, sufrió un cateo de la Guardia Nacional cuando fueron a la Escuela de El Castaño buscando armas. El señor obispo ha protestado ante el Ministerio de Defensa porque se trata de un centro donde no se enseña a manejar armas, sino a promover en la dignidad del hombre a los campesinos que por allí pasan, en cursos que se organizan.

Del arzobispo de Managua, también recibí carta acusando recibo de otros dos mil colones que se le enviaron, gracias a la generosidad de todos ustedes.

Quiero pedirles una oración por la misión que está desempeñando, en Argentina y Chile, el enviado del Papa, el cardenal Samoré; que, como ustedes saben, aquellas dos naciones en conflicto han pedido la intervención del Papa, el cual ha mandado, como primer paso, a un cardenal para que investigue cómo está la situación.

También, hermanos, ya estamos a las puertas de Puebla. Mañana ya es enero y el 27 de enero se va a inaugurar en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, presidida por el Papa, la Asamblea General del Episcopado Latinoamericano. Yo tendré la dicha de participar, llevando la representación de todos ustedes. Por ahí se ha dado en cavilar si voy con voz o con voz y voto; quiénes van representando a la jerarquía⁵. No sé cuál es el interés, pero quiero decirles claramente que mi presencia en Puebla es como miembro de la Comisión Pontificia de América Latina. Es, pues, como si el mismo Papa me llamara en un asesoramiento a esta reunión, a la que asistirán obispos de América Latina. Quienes publican esas cosas, con el ánimo malsano de sembrar rivalidades, sepan que ya estamos curados de espanto y que nuestro Señor ya dijo en el Evangelio, cuando discutían los apóstoles “quién era más”. Es como si la Conferencia Episcopal de El Salvador estuviera discutiendo: “¿Quién es más? ¿Quién va con voz? ¿Quién va con voz y voto?”. Entonces, Cristo les contestó: “No. Sean sencillos. Esas cosas se discuten allá afuera, entre la gente del mundo. Entre ustedes, el que sea más grande hágase

Mc 9, 34

Mc 9, 35

⁵ Cf. *El Diario de Hoy*, 30 de diciembre de 1978.

el más chiquito”*. También se enojan porque aplauden. Muchas gracias*.

Lo que me interesa, queridos hermanos, es ir a Puebla para llevar en mi voz —aunque sea sin voto— la expresión de esta Iglesia que son ustedes, tan viva, una Iglesia tan mártir, una Iglesia tan llena del Espíritu Santo; y decirles, a mis hermanos obispos, que le doy gracias a Dios y que mi humilde voz en Puebla será el resonar de todas estas comunidades. Y quiero decirles también allá que voy a aprender, que la experiencia de tantos hermanos esparcidos por toda América será para mí de tanta riqueza para poderle servir mejor a mi querida diócesis. A eso voy a Puebla. Y, sobre todo ahora, cuando sé que viene el Papa, aunque no hubiera otra cosa que ponerme en contacto, darle la mano al Papa y decirle: “Santo Padre, estoy con usted, inquebrantablemente solidario con la Santa Sede”. Esto es todo lo que Puebla significa para mí. Y seguiremos trabajando, queridos hermanos, una Iglesia tal como nos la va inspirando el Espíritu de Dios y la luz del Evangelio.

Ahora quiero decirles una noticia triste, pero al mismo tiempo de alegría pascual. Nuestro querido hermano, el padre Rogelio Ponseele, párroco de Zacamil —ustedes saben que viene desde Bélgica a trabajar con nosotros, ha estado muchos años, nos ha dejado mucho ya de su vida, de su entusiasmo, de su experiencia pastoral—, tuvo la triste noticia de la muerte de su mamá. Él no ha podido ir al entierro de su querida madre, pero yo les invito a todos ustedes que oremos mucho por ella, y que la alegría pascual que, sin duda, ya experimenta su mamá, una gran cristiana, de haber dado un hijo para trabajar intensamente sin el consuelo de tenerlo cerca, sea el mejor consuelo, también, para esta orfandad del padre Rogelio, a quien le envío, pues, fraternalmente la condoleancia y la oración de toda la querida arquidiócesis, especialmente de la vicaría de Mejicanos, donde vamos a celebrar pronto una misa por sufragio de su mamá.

Recorriendo las comunidades, les digo, hermanos, lo que decíamos antes, una Iglesia viva por todas partes. En la colonia Amatepec, una nueva capilla, una comunidad que se destaca por su entusiasmo. Un verdadero domingo de Ramos: niños y grandes con palmitas, que me salieron al encuentro para llevarme allá, a bendecir la capilla. Yo felicito al padre José Luis y le agradezco todo lo que está haciendo por nosotros. Por la tarde,

estuve el domingo pasado en colonia Bernal, que está a cargo de los padres agustinos, ya que forma parte de la parroquia de la Presentación en Miralvalle. Yo creo que esta comunidad de Bernal, con su entusiasmo juvenil, está llamada a ser el fermento de esa nueva parroquia donde vamos a venerar la tradicional, la histórica imagen de la Presentación, la primera imagen de María que veneramos aquí en El Salvador y que se salvó del incendio de la iglesia de San José.

El 25, celebré una “Navidad de sacramentos”, podíamos llamarla así porque, gracias a ese impulso de la pastoral sacramental, se van preparando a una recepción más consciente de los sacramentos en todas partes. En Soyapango, primeras comuniones y matrimonios; y en Huizúcar, por la tarde, era impresionante aquel desfile de cuarenta matrimonios y un bonito número de primera comunión.

El 26, de las comunidades de Chalatenango me vinieron a visitar niños que se han constituido en una especie de comité de solidaridad. Es impresionante ver unos chiquitines hablando de solidaridad con los hermanitos suyos que ni conocen, pero a los que sienten huérfanos o que en la Navidad no iban a poder recibir la caricia de un papá porque ya lo habían matado o está preso o está desaparecido. Me dijeron, en un momento de la visita, algo que me impresionó mucho: “Al estar cerca de usted, sentimos que usted es nuestro papá”*. Yo les hice sentir que no, en mis limitaciones humanas; pero sí, en ese amor inmenso de la Iglesia sintieran, de veras, que no están huérfanos, que una Iglesia entera los ampara y siente con los que sufren.

El 27, día de San Juan Evangelista, celebramos la fiesta patronal en San Juan Opico, donde también dimos un caluroso saludo al querido monseñor José María Dueñas, vicario general de Santiago de María, originario de Opico, donde fue ordenado sacerdote hace cincuenta años por su tío, el señor obispo de San Miguel, monseñor Dueñas. Hicimos gratos recuerdos de este obispo inolvidable, lo mismo que de otro obispo pariente, mi querido amigo y hermano monseñor Valladares. Con los catequistas, tuvimos luego una reunión que indica la vitalidad de aquella parroquia. En la Basílica del Sagrado Corazón, dimos el diaconado a un joven que ya termina sus estudios, Jaime Paredes. Deseamos que pronto sea sacerdote y que sea un buen sacerdote.

En Antiguo Cuscatlán, el día de los inocentes, la típica peregrinación de los niños, la celebramos con una misa en la que manifestamos un mensaje de respeto a la vida, de sentido de solidaridad, como los inocentes, con Jesús y de que solo Cristo es el mérito de los hombres. Aquellos niños son gloriosos en el cielo, no por sus méritos personales, sino por su solidaridad con Cristo, el Redentor.

El 30, el 28, mejor dicho, se cumplieron treinta días de la muerte del padre Ernesto Barrera y de los otros obreros que murieron con él. Tuvimos unas horas de reflexión y celebramos una misa con los obreros. Reiteré a los obreros que la Iglesia no los abandonará y que la Iglesia seguirá haciendo lo posible por llevar un mensaje auténticamente sacerdotal y eclesial a esa clase que merece todo nuestro respeto y cariño: los obreros. Hubo una reunión sacerdotal en el seminario, la cooperativa sacerdotal, donde sentimos, de veras, este sentimiento de unidad y de fraternidad.

En San Antonio Abad, ayer, una convivencia con la comunidad juvenil. Es consolador ver más de sesenta jóvenes informando sobre sus trabajos pastorales y consultando sobre sus inquietudes, propias de la edad de hoy. En el Colegio de Belén, se celebraron cincuenta años de la muerte de la fundadora de la congregación, la madre Clarita Quirós. Carmelitas de San José están haciendo honor al carisma de su fundación. En Santa Tecla, con los sacerdotes, religiosas y laicos de la vicaría, tuvimos una reunión de muchas proyecciones para el año nuevo.

Como avisos, ya hoy, a las 7:00 de la noche, tendremos la misa aquí, en catedral, para darle gracias a Dios por los beneficios recibidos en el año y para pedirle perdón, también, de lo que le hayamos ofendido y pedirle alientos para el nuevo año. Quiero invitarles a la adoración eucarística que todo este día, hasta las 10:00 de la noche, se está haciendo en el Hospital de la Divina Providencia. A las 10:00 celebraremos allá, también, para darle gracias a Dios y dar desagravios al Señor.

El jueves, 4, de esta semana, estaremos en el cantón La Junta, de la parroquia de Concepción, Quezaltepeque, a realizar un acto de desagravio por el robo del Santísimo Sacramento. El próximo domingo, en Mejicanos, a las 5:00 de la tarde, será la ceremonia del cambio de párroco. Y en la parroquia de la Sagrada Familia, su fiesta patronal en la colonia Centroamérica, a las 6:00 de la tarde.

Otra nota —para mí, en lo personal, muy triste— es el telegrama de la muerte de un gran amigo de Alegría: Ricardo Hernández. Ricardo Hernández —si ustedes supieran su historia, les conmovería—, treinta años en la cama, paralítico, cada día peor; y siempre con un optimismo, dirigiendo, con su cabeza lúcida, ciego ya, los trabajos de su propia finquita y teniendo tiempo para ofrecer sus dolores para todo aquel que se los pidiera. Cuánto consuelo me dio, a mí como obispo de Santiago de María, ir a decirle que rezara por mí y oírlo que decía: “Siempre estoy en oración por usted”. El Señor le haya concedido, pues, el descanso eterno y a su familia el consuelo de haber visto pasar treinta años de historia de un santo en su hogar.

Hechos de la semana

Les interesarán también a todos, en esta semana, las noticias de orden nacional. Un nuevo secuestrado: el doctor Manuel Antonio Bonilla⁶, por quien también hacemos los mismos votos de siempre: que se restituya la libertad y se respete su vida. Y que su familia sepa que la Iglesia está en solidaridad con sus sufrimientos y haciendo un llamamiento para que se restituya la tranquilidad de su hogar.

Con alegría puedo comunicarles que anoche, a las 10:00 de la noche, escuchábamos, por radio de Holanda, la condición que pedía la FARN, de que, ya que en el país no se podía publicar la cuarta proclama que ellos pedían publicarse, se leyera en Holanda, en el mensaje para América Latina, y se escuchó con perfecta claridad. Y a los pocos minutos, recibía una llamada telefónica de que se sabía que estaba libre ya el señor Schuitema, secuestrado holandés. Ya está, pues, gracias a Dios, restituida su libertad.

En cambio, sigue el problema de los dos ingleses⁷ y del señor japonés⁸. Acerca de los ingleses, ustedes oyeron por radio, ayer a mediodía, que han atendido el llamado de la Comisión de Derechos Humanos y prorrogan el plazo para poder negociar.

⁶ Fue secuestrado el 28 de diciembre de 1978 y era hijo de J. Antonio Bonilla, dueño del Teleférico San Jacinto. Cf. *El Diario de Hoy*, 29 de diciembre de 1978.

⁷ Ian Cameron Massie y Michael Chatterton, secuestrados el 30 de noviembre de 1978.

⁸ Takakazu Suzuki, secuestrado el 7 de diciembre de 1978.

Se pidió, nominalmente, la participación del arzobispo en la Comisión de Derechos Humanos. La comisión me ha pedido mi consentimiento y yo con mucho gusto he dado mi colaboración, que siempre está dispuesta para el servicio de la libertad, de la vida y de los derechos humanos. Y junto con los otros miembros: doctor Roberto Lara Velado, doctor José Napoleón González —director de *La Crónica*—, doctor Julio César Oliva y doctor Fernando Augusto Méndez, estamos ofreciendo nuestros servicios no solo para la libertad de los dos ingleses, sino también para los otros dos secuestrados, lo mismo que para la libertad de todos los que están sufriendo prisión injustamente. Por mi parte, hago votos para que haya flexibilidad en las negociaciones. Se trata de vidas en peligro, y ojalá quienes son responsables de esta situación lleguen pronto a conclusiones que lleven la paz, el consuelo a esas familias. La comisión, pues, no puede hacer otra cosa que ofrecer su mediación al servicio de las partes involucradas en este asunto.

Quiero decir a todos que esta situación de violencia no hace más que ratificar mis propósitos y mis ideales que ya se manifestaron en la carta pastoral. Y, sobre todo, quiero recordar, ante ciertas intransigencias, que “[...] la Iglesia —y las circunstancias actuales dan una trágica actualidad a esta enseñanza—, [dice la carta pastoral] que un Gobierno debe usar su fuerza moral y coactiva para garantizar un Estado verdaderamente democrático, basado en un orden económico justo en el cual se defiendan la justicia y la paz y el ejercicio de los derechos fundamentales de todos los ciudadanos. Así el Gobierno logrará hacer cada vez —y estas son palabras de *L'Osservatore Romano*, el periódico oficial de la Santa Sede, dice estas palabras—, que el Gobierno debe lograr hacer ‘cada vez más hipotético e irreal el caso en el cual el recurso a la fuerza, por parte de los individuos y grupos, pueda ser justificado por la existencia de un régimen tiránico en el cual las leyes, las instituciones y el Gobierno, en vez de reconocer y promover, conculcan las libertades fundamentales y los demás derechos del hombre, reduciendo los súbditos a la condición de los oprimidos’”⁹. O sea, que el *L'Osservatore Romano* dice que, si es injusta la vio-

⁹ *La Iglesia y las organizaciones políticas populares* (6 de agosto de 1978), pp. 48-49. La carta, a su vez, cita un artículo publicado en *L'Osservatore Romano*, el 23 de junio de 1978, con el título “Lo stato democratico e la violenza”.

lencia a seres inocentes e indefensos, como están hoy los secuestados, también un Gobierno tiene que ver las causas y tiene que quitar los pretextos. ¡Desde cuándo estamos pidiendo la amnistía, la libertad de los reos políticos! Ahora mismo tengo aquí el reclamo o la súplica de unos reos de Gotera sin asistencia médica. No son reos vulgares, son reos políticos que están en una sección aparte de la cárcel de Gotera, donde sufren una verdadera soledad. Hay allá un médico, ya casi terminando sus estudios, y el otro día, cuando un amigo lo fue a ver y le pidió qué necesitaba, imagínense lo que pidió: un petate. Un petate es todo aquí para el reo: para comer, para recibir, para dormir. ¡Ni un petate! Entonces, esta situación de gente que está, tal vez, sin ser sometida a los tribunales, es necesario que se aclare pronto y así no habrá reos que se pidan y después se nieguen. Quisiéramos, de veras, que se quitaran los pretextos de parte de todos aquellos que han creado una violencia institucionalizada en el país para que las otras violencias no encuentren eco ni germen de dónde alimentarse. Volviendo, pues, al caso de nuestros secuestrados, esperamos que, junto con los reos políticos y todos los desaparecidos, encuentren una noticia, algo para sus hogares.

Quiero lamentar, también, las amenazas a muerte de que fue objeto el querido amigo, doctor Roberto Lara Velado. Muy conocido; aquí lo escucharon ustedes el Día de los Derechos Humanos. Un hombre que trabaja como miembro de la Comisión de Derechos Humanos. Trabajaba en la liberación de los secuestados, en la anterior comisión y en la actual; y no es justo, pues, que, trabajando también por los desaparecidos, sea recompensado con esta clase de amenazas. ¿O de dónde provienen? Y es necesario, también, que este juego termine, porque estamos viviendo una sicología de terror, a base de llamadas telefónicas y de avisos y de bolas que no terminan más que en la zozobra y en la falta de paz.

Otras denuncias, también, del campo laboral, han seguido llegando. El caso de sindicatos, de que a los obreros no se les quiere cancelar su aguinaldo. Casos de muchos jornaleros en las cortas, que son denunciados en el programa de las 5:30 de la tarde, los jueves, en “La X de la cosecha”.

Finalmente, una palabra para decir, al problema de la Universidad, para el cual mostramos nuestra solidaridad, que se busquen los medios justos, la participación de todos. Si la falta

de participación del estudiantado es una piedra de escándalo, búsquese la manera de que el estudiantado participe justamente.

También, nos solidarizamos con Guatemala, donde las aldeas de El Rodeo, Amatillo, Agua Blanca, El Camalote, Tunonó, Carrizalito y otros, del municipio de Olopa y Chiquimula, denuncian atropellos en sus campesinos.

Este es el panorama de nuestro fin de año en el día de la Sagrada Familia. Mientras tanto, una luz blanca fulgura: la paz de Nazaret, la tranquilidad de aquella familia que, no por instalarse lejos de los problemas, sino para ser, en medio de los grandes problemas del mundo, el espejo, la fuente, la inspiración, la meta de todos los que vivimos en las zozobras de la tierra, pero que tenemos fe y esperanza en los valores cristianos de Cristo y su Sagrada Familia. Así sea[‡].